

El poder popular y la izquierda por venir

Por: **Miguel Mazzeo**

"Sin embargo, las revoluciones siempre tienen por objeto la misma tarea: realizar lo que no penetra en la cabeza de las clases dominantes."

León Trotsky

"En estrategia el camino más largo y desviado, pero que envuelve, es el que conduce más rápido al objetivo."

Capitán B. H. Lidell Hart

Un universo flamante y su código distintivo

Deambulando atentamente por algunos subsuelos no es difícil constatar la realidad de un inédito y singular universo cultural, ideológico, político e identitario con innegable potencialidad contrahegemónica. Este universo puede considerarse como emergente de las luchas populares que se desarrollaron en Argentina desde fines de la década de 1990 y que tuvo su máxima expresión en la rebelión popular del 19/20 de diciembre de 2001.

Se trata de un universo compartido por un conjunto de organizaciones sociales, políticas, culturales, de trabajadores ocupados y desocupados, de campesinos y estudiantes que se suele expresar en las prácticas comunes, en el lenguaje ¹ Lichtemberg decía que el lenguaje es esencialmente filosofía condensada- y en un conjunto de códigos. Por lo tanto, este universo es el basamento de un nuevo espacio ideológico, teórico y político de izquierda.

Llama poderosamente la atención tanto la heterogeneidad de las identidades y experiencias precedentes como la homogeneidad en las críticas hacia las mismas. Específicamente: una crítica de los trayectos y los esquemas clásicos del populismo y la izquierda tradicional (incluyendo a todos los significantes del leninismo) y a las formas en que éstos reactualizan el reformismo, el vanguardismo, el sectarismo, el dogmatismo y el electoralismo.

De esta manera se viene delimitando el campo (que involucra elementos esenciales de un nuevo imaginario plebeyo-popular) de una "nueva-nueva izquierda". Pero como pretendemos dar cuenta del estado actual del proceso de constitución de lo nuevo que recién está dando sus primeros pasos, preferimos hablar de una "izquierda por venir". Si bien podemos suponer que esta izquierda será una realidad efectiva cuando logre determinados niveles de síntesis que contendrán transformados los elementos de la tesis y la antítesis, no podemos ni deseamos hacer ningún tipo de predicciones sobre el sentido de esa transformación.

De un tiempo a esta parte se habla de una izquierda autónoma, social, no partidaria, e, inevitablemente, de una "posnueva" izquierda (término aborrecible, por cierto). Sintomáticamente, todas las designaciones resultan inacabadas, insuficientes para lo que se pretende nombrar. Por ejemplo, nótese lo inadecuado que resulta la asociación, fácil y superficial de la izquierda por venir con lo "no partidario" cuando, de hecho, todos sabemos que

* Miguel Mazzeo: Docente de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y en la Universidad Nacional de Lanús (UNLa). Miembro del Comité editorial de la revista *Periferias* (Argentina). Autor entre otros títulos de *Piqueteros. Notas para una tipología*, Buenos Aires, FISyP - Manuel Suárez Editor, 2004 y *¿Qué (no) hacer? Apuntes para una crítica de los regímenes emancipatorios*, Buenos Aires, Antropofagia, 2005. Es militante del Frente Popular Dario Santillán.

existen gran cantidad de formas no partidarias de la vieja izquierda.¹ Es decir, no hace falta tener colocado el cartel del partido para asumir roles centralizadores, sectarios, burocráticos o clientelares. Efectivamente, se trata de una entidad que aún está en proceso de gestación y no ha terminado de afirmarse.

Posiblemente lo que mejor distingue este universo sea la recurrente utilización de dos palabras en un tándem que remite a las formas de construcción, a un modelo de acumulación militante, a un modo de producir decisiones alternativas y, al mismo tiempo, a un horizonte: poder popular. En efecto, lo que mejor distingue a este universo es la adopción de un eje estratégico basado en la construcción de poder popular como la forma de acumulación y ejercicio independiente de fuerza revolucionaria.

Demarcaciones blandas y definiciones fuertes

Tomando las experiencias recientes máspreciadas del campo popular (en Argentina y en Nuestra América) y las críticas a ciertos usos viejos y nuevos del concepto de poder popular, intentaremos delinear una noción que tiene como punto de partida la idea de "construcción" y de organización al margen de los esquemas de poder tradicionales (y en contraposición a los mismos) y que parte de un soporte dialéctico que supera la díada medios-fines.

Arriesgamos una delimitación del concepto, no con el objetivo de clausurar los procesos dadores de sentido, sino buscando establecer algunos ejes y nociones que nos sirvan para determinar el tipo de combate que estamos librando y para enunciar algunas de las coordenadas de un campo ideológico y político que asumimos como propio. No para instituir mecanismos de exclusión sino para identificar y contribuir a la articulación de un espacio concreto. Frente al sectarismo de la vieja izquierda, el poder popular se caracteriza por su vocación incluyente y sus afaes articularios. Entonces, inspirándonos en Marx, intentaremos ser fuertes en el fondo pero suaves en las formas.

Sostenemos que, en torno al poder popular y en líneas generales, la que denominamos izquierda por venir concibe la autonomía de las organizaciones populares, sus luchas y construcciones prefigurativas, como el ajuste preliminar que marca la dirección y como la única garantía posible del proceso de cambio social. Así, en las instancias o núcleos del poder popular tenemos espacios de sociabilidad alternativos que resisten el espacio mercantil-burgués y que se erigen en metabolizadores generales de una política popular para el conjunto de la sociedad. Por lo tanto, en estos espacios se desarrolla una lucha por erradicar la competencia entre los trabajadores y por hacer posibles un nexo social no basado en el valor de cambio y vínculos humanos no objetivados por el dinero. Se trata de espacios de intersubjetividad horizontal densa, espacios "terapéuticos" para el sujeto popular. Cabe aclarar que rechazamos cualquier idea organicista de la prefiguración. El carácter prefigurativo tiene que ver con una decisión política y una labor consciente y no tanto con principios inmanentes o con formas estructurales del determinismo.

De este modo estamos planteando que lo central a la hora de determinar el carácter socialista de un proceso se relaciona más con el contenido de las relaciones sociales (de producción en general) que con las formas jurídicas de propiedad. Colocar el acento en el segundo aspecto y desechar el primero ha conducido, por ejemplo, a anular la potencia de los soviets y de las organizaciones de base. Es evidente que si se reduce el proceso emancipatorio a un cambio en los contenidos de las formas jurídicas, dicha tarea se aviene a la idea de la toma del poder y con

¹ Del mismo modo cabe considerar la posibilidad de que ocurran procesos de transformación en las estructuras partidarias de la izquierda tradicional, es decir: aunque altamente improbable, no es imposible que por lo menos algunas de estas organizaciones se metamorfoseen (usamos el término en sentido literal) en los "partidos de nuevo tipo" de los que suelen hablar los zapatistas.

la aptitud del partido revolucionario clásico como herramienta. Pero si pensamos que la emancipación exige un cambio en el contenido de las relaciones sociales, no sirve ninguna de las dos.

En la sociedad capitalista el carácter social de la actividad humana, la forma social del producto y la participación del individuo en la producción, se presentan como ajenos y cosificados. Lo mismo ocurre con el carácter social del poder (burgués), con sus reglas y modos de exteriorizarse. De este modo se produce una negación de las relaciones recíprocas y se impone la idea de la subordinación a las relaciones que aparecen como independientes de los sujetos. Entonces, bajo el régimen del capital, las relaciones sociales se presentan como *poder sobre* los individuos, un poder "independiente", nacido de la "naturaleza", el "azar" o "Dios".

La izquierda, al plantearse como horizonte la "toma del poder" y al confundir las formas jurídicas de propiedad con el contenido económico, social y político de las relaciones de producción, contribuyó a conservar el carácter ajeno, cosificado y naturalizado del poder. En el marco del denominado socialismo real, la producción social (y el poder) siguieron pesando como una fatalidad sobre los sujetos.

Las instancias o núcleos de poder popular (poder construido, poder nacido del hacer humano creativo y las acciones radicales de sujetos solidarios) generan un contexto apto para el desarrollo de una conciencia con capacidad de percibir que las relaciones sociales no son independientes de los individuos ni tampoco la expresión del conjunto del movimiento social; crean, de esta manera, las condiciones para una vida social por fuera del nexo (material) del capital, por fuera del valor de cambio (que transforma las relaciones entre personas en relaciones entre cosas). Asimismo propician el reencuentro de las clases subalternas, construyen o refuerzan su unidad orgánica y su carácter de antagonistas respecto del capital.

Las instancias y núcleos de poder popular pueden funcionar como los espacios donde las relaciones sociales sean sometidas al control colectivo. Estas instancias y núcleos de poder popular van más allá de la sociedad burguesa, por lo tanto son irreductibles a la mera táctica. Las instancias y núcleos de poder popular son los lugares donde más posibilidades tiene la acción democrática, la más profunda y auténtica; además son instancias de constitución de sujetos colectivos e históricos, lugares de la conciencia en sí y para sí.

Por todo lo antedicho, resulta evidente que una de las virtudes más significativas de las instancias y núcleos de poder popular se relaciona con su capacidad de "materializar socialmente" el cambio, la revolución.

La izquierda por venir concibe al campo popular como un bloque histórico (articulación de estructura y superestructura) de carácter progresista, cuya fuerza y capacidad para la transformación social proviene de la autonomía ("autodecisión", "autoinstitución") organizativa, ideológica y política, de las organizaciones y movimientos populares respecto de las clases dominantes. Éste es el grado de autonomía más relevante y se reconoce de antemano que su consecución puede exigir alguna "heteronomía" en otros planos. La reivindicación de la autonomía, por su parte, obliga a pensar la construcción política en términos de articulación, entendida ésta como combinación de prácticas con un fin. Es decir: la articulación concebida como estrategia. Se parte así de una certeza: ningún sector puede reivindicar hoy la capacidad de funcionar como centro o "foco" (real o potencial) exclusivo. Lamentablemente, en muchos casos, la autonomía se ha convertido en el disfraz del sectarismo.

La izquierda por venir tiende a pensar la política, o sea: la definición y articulación de las metas colectivas, con un fundamento social. Sabe que la política aborrece el vacío y que la acción colectiva es fuente de poder. No se trata de garantizar que Anteo² mantenga los pies sobre la

tierra, sino de obturar la posibilidad de que Anteo y la tierra se escindan. Para eso Anteo debe disolverse en la tierra, hacerse barro. De la misma manera, no se trata de hacer eficaz el "centralismo democrático" (u "orgánico", en términos gramscianos). Recordemos que el centralismo democrático, a diferencia del centralismo burocrático, aspira a una dialéctica entre el arriba y el abajo. He aquí el problema insoluble: la identificación de un "arriba" y un "abajo". Lo que hay que superar -y el poder popular es un camino adecuado- es el centralismo democrático mismo. Un superación de la dialéctica del arriba y el abajo.

De este modo la izquierda por venir reivindica una forma del poder no escindida de la sociedad. Un poder que es básicamente no estatal, aunque, como señalamos, en determinadas circunstancias (momentos de las relaciones de fuerza, de la lucha de clases) puede articularse con/en espacios estatales.

La izquierda por venir se contrapone a la obscenidad del poder como ejercicio de control y dominación, a la teatralidad y a los artificios de la política tradicional, burguesa y no burguesa. Rechaza la política concebida como saber maniobrero y puro esquema de poder. Desdeña lo que Thomas Hobbes denominó "el perpetuo e incansable deseo de poder tras el poder que sólo cesa con la muerte", porque otro es el objeto de su deseo. Rompe con los modos del saber-hacer político de izquierda precedentes (intenta fundar una nueva epistemología) y con las organizaciones políticas burocráticas y con todas aquellas que se conforman como espacios amorfos propicios para los arribistas y aspirantes a cargos y "conquistas personales", en particular los de la pequeña burguesía. El poder popular es un "antídoto" contra estas y otras perfidias y aspiraciones rastreras. Promueve el crecimiento de los militantes como personas a nivel colectivo. Los "contactos individuales" no cuentan.

La izquierda por venir se resiste a la ilusión estatal que penetra las experiencias de lucha del campo popular y que lleva a privilegiar a aquellas que parecen contribuir a la conquista del poder estatal, otorgándoles un papel secundario a las experiencias que "no sirven" para la "conquista" del poder político. Esto no significa que la izquierda por venir se niegue al poder político. Sólo que no lo asume como la finalidad revolucionaria por excelencia sino que lo mediatiza y lo subordina al horizonte de la emancipación integral de las clases subalternas, y además sugiere un desplazamiento de la práctica liberadora hacia la sociedad civil y los movimientos y organizaciones populares, y desde allí plantea el problema del poder político y el Estado. Así, pretende construir la politicidad de todos los conflictos, mostrarlos en su real dimensión antagónica.

Los conflictos cotidianos aparecen velados en su politicidad y no se presentan como ámbito de disputas, por eso la izquierda por venir opta por el camino más discolo y trabaja para que el conjunto de los explotados desnaturalicen las relaciones de explotación. Esto es así porque el poder popular se construye indefectiblemente en ambientes antagónicos, no desde la cómoda condición que ofrece un santuario social. Istvan Mészáros, sostiene que dado que las transformaciones "se desarrollan en un terreno disputado antagónicamente, ningún paso emancipador está a salvo de los peligros de la regresión".³

La izquierda por venir asume la voluntad de luchar por un gobierno popular y un poder político que sirvan para edificar una Nación popular y democrática y la hegemonía de las clases subalternas (construir hegemonía popular es construir poder popular), que liberen la potencia del "sujeto absoluto" y permitan fabricar una nueva realidad. Considera que para esto se torna necesaria una herramienta política, puesto que sin ella se hace difícil la perdurabilidad de los

El gigante Anteo, personaje de la mitología griega, era hijo de Poseidón (Dios de los mares) y Gea (divinidad que personifica a la tierra y a la madre universal). Cuando Anteo tocaba la tierra, recobraba sus fuerzas, pero era vulnerable cuando perdía el contacto con ella. Heracles lo mató manteniéndolo en el aire.

³ Mészáros, Istvan, *Más allá del capital. Hacia una teoría de la transición*, Caracas, Vadell Hermanos, 1999, p. 515.

movimientos sociales y sus construcciones prefigurativas y de todos los espacios de sociabilidad alternativa. Pero no concibe esta herramienta como la encargada de la dirección centralizada y especializada de las clases subalternas sino como un instrumento de sus luchas que, como tal, debe reflejar en su vida interna los aspectos más característicos del mundo, la Nación y la sociedad que promueve.

La "acumulación" de recursos materiales, organizativos, políticos, ideológicos e identitarios en las clases subalternas se aleja de la noción de serie ininterrumpida, la condición subalterna conspira contra la posibilidad de un proceso de "acopio" lineal. En este sentido la herramienta se concibe como medio y como órgano dirigente unificador y subordinado al movimiento de masas, como totalidad no cerrada en la que cada fragmento aporta sus particularismos, un espacio de totalización y de síntesis de prácticas anticapitalistas, contrahegemónicas, solidarias y de proyección socialista y libertaria. Como una fuerza que detenta la clave de lo universal que anida en los fragmentos sociales. En fin, como un significativo organizado del significado principal que no lo confisca y que no niega al mundo como portador de significados múltiples.

La herramienta del campo popular debe negarse como sujeto y debe rechazar toda forma de conservatismo orgánico (en todo caso, la dosis necesaria de conservatismo orgánico, deben ponerla las organizaciones populares), debe eludir los riesgos de la transformación subrepticia del concepto en sustancia, los peligros de la hipóstasis. Una herramienta, para servir al pueblo, no puede concebirse como una realidad absoluta. Principalmente debe trabajar para favorecer los procesos de constitución de las clases subalternas como sujetos del poder y de la economía.

Las organizaciones que excluyen o tergiversan las iniciativas de las bases y la autoactividad de los de abajo, las que preparan día a día a sus cuadros para la subordinación y el acatamiento, las que contienen a la militancia a partir del "aparato" y de los incentivos materiales, las que terminan disciplinando la lucha de clases y subordinando las experiencias de lucha popular a sus propias metas, no pueden invocar, de modo consecuente, pretensiones contrahegemónicas. Estas organizaciones caen irremediabilmente en el fatuo, el autoritarismo y la ignorancia, sustentan figuras complejas y maliciosas que eligen poses revolucionarias o "progresistas" pero que son conservadoras por instinto; mentes estrechas que encuentran el placer más exquisito en el dogma que les sirve para conservar sus privilegios. Por otra parte, se trata de organizaciones condenadas a la sangría permanente de militantes.

No se trata de totalizar las experiencias de las organizaciones populares a través de una supestructura o un agente político externo que las represente, sino de generar un "espacio" que las potencie, articulándolas políticamente, y que favorezca una proyección hegemónica organizada.

La izquierda por venir concibe a las organizaciones políticas como organizaciones de masas, no como organizaciones de cuadros o de militantes exclusivamente. Esto significa que el "trazo grueso" de la política popular se debe generar indefectiblemente en los núcleos de base.

La fragmentación social despolitiza a las clases subalternas, lo que no significa que esta condición serializada sea una fatalidad; por el contrario, se trata de un producto derivado de la lógica de los sectores dominantes, uno de los mecanismos tendientes a consolidar su hegemonía. La izquierda por venir considera, de este modo, que el desenvolvimiento del poder popular presupone algún tipo de organización permanente, un territorio (en diversas escalas) y el aprendizaje constante de los medios de transformación de la realidad y para el desarrollo del trabajo colectivo para la autodefensa.

La izquierda por venir pone el énfasis en la hegemonía y en el consenso y no en la coerción y el Estado, pero no los concibe como planos contrapuestos, por el contrario, se reconocen sus intersecciones. Pone el énfasis en la hegemonía y en el consenso porque los considera el plano

más sólido de la dominación (la supremacía de la clase dominante) pero sabe que este plano es inescindible del Estado como aparato de coerción.

La izquierda por venir rechaza, en su facetas paralizantes, el lirismo y las formas immaculadas de la micropolítica que opera con los datos internos de un microcosmos y que otorga primacía a los fragmentos y a las identidades de "baja intensidad"; repele a los exiguos "mundos en sí" encerrados en cristales, altamente armonizables con las lógicas del mercado capitalista. La noción de cambio dentro de partes de una totalidad, y no en las relaciones estructurales tal como plantean las corrientes marxistas y libertarias, es uno de los fundamentos de la ideología liberal.

La izquierda por venir asume que el sujeto popular propicia acciones radicales y que las clases subalternas desarrollan una voluntad de transformación de la sociedad y una voluntad de autoemancipación en la lucha concreta y cotidiana contra el sistema social impuesto, es decir en los marcos de ese mismo sistema. Pero sabe que la realización de esa voluntad de transformación y autoemancipación exige trascender los límites del sistema social impuesto. Por otra parte, cabe tener presente que en el marco de la globalización capitalista y neoliberal no pueden existir "particulares" absolutos. Por todo esto la izquierda por venir propicia la centralidad de los aspectos estratégicos de la acción.

La izquierda por venir rechaza el proyecto nacional burgués en cualquiera de sus versiones. Considera que la burguesía nacional no existe, no más que como ilusión (eficaz por cierto), alimentada por la burguesía "local", cuyo objetivo principal es que las clases subordinadas, y algunas organizaciones de izquierda, nacionalistas o reformistas, acepten el capitalismo como horizonte o como "etapa intermedia". La izquierda por venir sabe bien que la burguesía no tiene afinidades significativas con las clases subalternas. Asume, de este modo, el proyecto de construcción de una hegemonía popular (de la clase que vive de su trabajo) como eje en una voluntad nacional-popular alternativa al capitalismo.

La izquierda por venir propicia un nuevo tipo de liderazgo (social, intelectual, político, moral), ajeno a las competencias y juegos del poder, distante del exhibicionismo y de los caudillismos radicales y con aptitud para articular múltiples demandas y servir a la organización de base. Un tipo de liderazgo obediente al mando popular, cercano a la noción de *diakonía*, es decir: "como servicio y como mutuo reconocimiento de sujetos plenamente libres".⁴ Es decir, un tipo de liderazgo que inhiba la posibilidad de voluntad individual o elitista de poder. Que no concentre poder decisorio, por el contrario, que coopere para que éste se distribuya por el tejido social, que multiplique los ámbitos estratégicos de participación popular y no impulse la proliferación de circuitos mediatizadores. Un liderazgo colectivo, con mecanismos adecuados para inhibir la gestación de estratos burocráticos. La base como residencia predilecta del poder, la distribución horizontal del poder, la dirección colectivizada construida por un "comunismo en acto", son algunas de las principales garantías contra el impulso de dominación y burocratización y, a la vez, un reaseguro contra los intentos de cooptación de los movimientos populares.

La izquierda por venir reivindica la horizontalidad como el camino más adecuado para abolir la división del trabajo político y la burocracia y para socializar y extender el poder popular. Más allá de que en muchos casos aún predomine una mirada cándida en relación a la horizontalidad y una concepción estrictamente procedimental de la misma. Por ejemplo, existe una tendencia a asociar la horizontalidad exclusivamente a lo que los antiguos griegos denominaban *isegoría* (tomar la palabra) e *isopsephía* (darles el mismo valor a todas las voces).

La horizontalidad, vista como procedimiento, no constituye un valor en sí misma, como tal vale en cuanto sirve para apuntalar los procesos de autoemancipación de las clases subalternas, cuando contribuye a la construcción de autonomía y poder popular. Ahora bien, existen otras dimensiones de la horizontalidad que remiten a aspectos sustantivos de un proyecto popular y

4

Dri, Rubén, *La revolución de las asambleas*, Buenos Aires, Diaporías, 2006, p. 106.

que son prefigurativas de la nueva sociedad, básicamente: una crítica al principio de representación y a la división entre dirigentes y ejecutantes, una reacción frente a la teoría revolucionaria concebida como un conjunto de saberes (en muchos casos recetas) en posesión de especialistas en cuestiones políticas universales, la búsqueda de una forma que socialice las funciones de dirección, el rechazo del socialismo visto como un mero sistema de transformación objetiva de la economía. Sin mucho esfuerzo se puede deducir el vínculo indisoluble entre todos estos tópicos.

Es precisamente por esto que una construcción que se inspire en el principio de la horizontalidad tiene que ser la antítesis del modelo capitalista. Un modelo jerárquico y burocrático que reprodujo y exageró el socialismo real y al que todavía se aferran los partidos y las organizaciones de izquierda que creen que la revolución es la realización de un saber específico, por lo general emparentado con la física y la mecánica.

El hecho de que todos hablen en una asamblea, con la importancia que puede tener, por sí solo, no garantiza nada.

Cuando se pierden estas dimensiones sustantivas y prefigurativas, la horizontalidad se puede convertir en un fetiche articulador de sectas. Una forma de engaño de dirigentes y especialistas encubiertos, de facto, que no hacen más que intentar el infierno imposible de una cárcel autogestionada.

La horizontalidad sustantiva debe ser también una aspiración permanente, a la que hay que alimentar con prácticas puntuales. Esta modalidad de horizontalidad es consustancial a la formación popular continua que no debe confundirse como lo hace la izquierda tradicional con el "adoctrinamiento" (que busca la infalibilidad de las elites y no inicia a las bases en los desfallecimientos), sino que debe asentarse en un tipo de estructuras organizativas que sean formativas por sí mismas, y en la práctica de una educación popular liberadora que genere en las clases subalternas la conciencia de ser portadoras de estrategias de transformación y que, simultáneamente, masifique elementos políticos y transmita valores alternativos a los del sistema capitalista.⁵ La formación popular nos hace permanecer en el tiempo y nos permitirá incidir vigorosamente en la realidad. Contrarresta, además, la atroz discontinuidad que es propia de la condición subalterna. La horizontalidad sustantiva, por su temperamento, es inescindible de la socialización de la información y los saberes. Cornelius Castoriadis decía que "decidir es decidir con conocimiento de causa"⁶, y la persistente reflexión sobre la praxis contrahegemónica.

⁵ Vale la pena recuperar la definición de formación política propuesta por Carlos Astrada: "Formación política es visión desde un lugar concreto, profundización espiritual de una decisión, realización también espiritual de una voluntad ya alentada por un designio político fundamental. (...) [La] formación política reposa en la educación política, y ésta reside el supuesto de la voluntad como praxis, como principio activo, siempre dispuesta a actuar y decidirse, en función social, por el pueblo y el ideal histórico de la comunidad política". En: Astrada, Carlos, *La revolución existencialista. Hacia el humanismo de la libertad*, Buenos Aires, Nuevo Destino, 1952, p. 186.

⁶ Castoriadis agregaba: "Si son alguno o algunos quienes disponen en exclusiva de las informaciones y definen los criterios según los cuales se toma una determinada decisión, no es ya la colectividad quien decide, aunque formalmente 'vote'. Esto significa que quienes deciden han de disponer de todas las informaciones pertinentes. Pero también que ellos puedan definir los criterios a partir de los cuales se decide. Y que dispongan, para hacer esto, de una formación más amplia...". En: Castoriadis, Cornelius, *Escritos políticos*, antología editada por Xavier Pedrol, Madrid, Los libros de la catarata, 2005, pp. 64-65.

La vieja izquierda frente a la izquierda por venir

La izquierda por venir no se acomoda, al igual que la noción de poder popular con la que tiene más afinidades, a los formatos clásicos del partido y la vanguardia. Principalmente porque se trata de formas incapacitadas para auspiciar (los partidos y las vanguardias pretenden siempre "dirigir") momentos de materialización social del cambio social, una de las características singulares de las instancias y núcleos de poder popular, tal como hemos señalado. Cuando los partidos y las vanguardias clásicos tuvieron la posibilidad de dirigir procesos de esta naturaleza, terminaron sustituyendo e instrumentando a las instancias y núcleos de poder popular. Consideramos que en el marco de un proceso de transformación social, el protagonismo debe ser una prerrogativa de las instancias con capacidad de materializar esas transformaciones. Como se trata de un cambio que aspira a generalizarse en un marco amplio (los marcos nacionales, para empezar), y no de utopías de enclave, estas instancias y núcleos requerirán estructuras movimientistas orgánicas, estructuras con arraigo territorial, capacidad articuladora y acción unitaria.

La izquierda por venir refleja un grado de acumulación de luchas, palabras, afectos e imaginación. Demuestra las limitaciones del sistema para organizar indefinidamente nuestras ganas. Significa el resurgimiento de un mínimo de poder colectivo (asentado en la recomposición de las relaciones solidarias), muy reactivo a las mediaciones de la izquierda vieja. La mayoría de las organizaciones y aparatos de esta izquierda, hoy más que nunca, se identifican a partir de sus capacidades para estropear, de modos muy diversos, ese mínimo de poder colectivo y sus relaciones de reconocimiento. No asumen que la organización como saber exterior ha entrado en crisis, que muchos de sus presupuestos como el idealismo metodológico, la visión homeostática (resistencia a los cambios, tendencia al equilibrio de un sistema u organismo), la imperceptibilidad de la negatividad, su insistencia en los modelos supuestamente transhistóricos y transculturales devoran sus posibilidades.

Las nuevas prácticas y relaciones están fundando, como corresponde, sus objetos, símbolos y representaciones, un espacio que choca con la vieja izquierda, porque la interpela constantemente y la invita a repensarse, a abandonar sus fetiches y sus oficinas. Es vieja la izquierda vieja (y dogmática, insular e infecunda) porque sólo aspira a un terreno firme para sus mezquindades. Como todo moribundo, la vieja izquierda se divorcia del mundo.

Las actitudes de la vieja izquierda frente a la izquierda por venir son variadas. Está la cerrazón y la avaricia escrupulosa de los que quieren conservar sus fantasmas, sus puestos, sus liderazgos parroquiales o sus pequeños privilegios. Están los que aún no lograron desarrollar miradas "posnaturalistas". Pero también están todos aquellos que adhieren al lenguaje y a los planteos del poder popular en los mismos términos de la izquierda por venir pero acatando, paralelamente, todas las decisiones a contramano de sus horizontes y relegando al sujeto a un papel exterior. Este supremo desinterés respecto de las "afinidades electivas" hace que se apilen las disfuncionalidades en una larga serie. Por ejemplo: se reivindica la tradición crítica y heterodoxa, las corrientes humanistas; se invoca a figuras emblemáticas como Antonio Gramsci, Rosa Luxemburgo, José Carlos Mariátegui; se manifiesta una adhesión a la praxis del zapatismo, la Revolución Bolivariana de Venezuela; se asume la Revolución Cubana como credo, al mismo tiempo que se aboga por la construcción de promiscuos frentes antineoliberales, reincidiendo en la imposible escisión entre liberación nacional y socialismo, cuando no en abiertas estrategias social-liberales. La estampita milagrosa de Ernesto Che Guevara convertido en fetiche más que en mito nunca falta.

Es común que se invoque el concepto de poder popular a medida que se desarrollan las relaciones que no lo construyen e incluso las que lo deconstruyen abiertamente. El poder popular (en sentido fuerte, no restringido) necesita de la socialización del poder y la toma de decisiones y no de su centralización. Sin bases autónomas, con capacidad de decisión, no puede existir poder popular. Una organización política que con rasgos elitistas se arroga la tutela y el

control de las experiencias populares, que trabaja "para" y no "desde" ellas, no puede construir poder popular o síntesis políticas. Pero para la izquierda por venir, las transacciones con "la línea correcta" parecen improbables.

Un poder centralizado y burocratizado ~ privatizado ~ no puede ser nunca "popular", por el contrario, refleja con exactitud la concepción de poder que impuso el capitalismo: el poder como dominio (sobre la naturaleza y sobre otros hombres), el poder como fin en sí mismo, poder que por lo tanto se acumula concentrándose y que se "autonomiza". Es el poder descarado sobre otras personas. El poder popular verdadero es siempre poder orgánicamente socializado, vinculado al trabajo y a los lazos humanos. Es un poder para desestructurar la dominación.

Bibliografía

- AAVV, *Venezuela, ¿la revolución por otros medios?* Buenos Aires, Textos para la militancia popular, Dialektik, 2006.
- Astrada, Carlos, *La revolución existencialista. Hacia el humanismo de la libertad*, Buenos Aires, Nuevo Destino, 1952.
- Bloch, Ernst, *El principio esperanza* (edición de Francisco Serra) Tomos I y II, Madrid, Trotta, 2004.
- Bogo, Ademar, *Arquitetos de sonhos*, Sao Paulo, Expressao Popular, 2003.
- Castoriadis, Cornelius, *Escritos políticos*, antología editada por Xavier Pedrol, Madrid, Los libros de la catarata, 2005.
- Cieza, H. Guillermo, *Borradores sobre la lucha popular y la organización*, Buenos Aires, Manuel Suárez Editor, 2006.
- Colectivo Situaciones, *Bienvenidos a la Selva. Diálogos a partir de la sexta declaración del EZZLN*, Buenos Aires, tinta limón y UNIA (Universidad Internacional de Andalucía) arteypensamiento, 2005.
- Denis, Roland, *Rebelión en proceso. Dilemas del movimiento popular luego de la rebelión del 13 de abril*, Caracas, Nuestra América Rebelde, 2006.
- Dri, Rubén, *La revolución de las asambleas*, Buenos Aires, Diaporias, 2006.
- Freire, Paulo, *Pedagogía del oprimido*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.
- Frente Popular Dario Santillán, *Construcción de poder popular*, Buenos Aires, Cuaderno del Área de Formación, agosto de 2006.
- Gramsci, Antonio, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1972.
- Holloway, John, *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*, Buenos Aires, Universidad Autónoma de Puebla-Herramienta, 2002.
- Lazzarato, Maurizio, *Políticas del acontecimiento*, Buenos Aires, tinta limón, 2006.
- Lidell Hart, B. H., *Estrategia: la aproximación indirecta*, Biblioteca del Oficial, Círculo Militar, Buenos Aires, 1984.
- Lukács, György, *Táctica y ética. Escritos tempranos (1919-1929)*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2005.
- Luxemburgo, Rosa, *Crítica de la Revolución Rusa*, Buenos Aires, Quadrata, 2005.
- Marcuse, Herbert, *Razón y revolución. Hegel y el surgimiento de la teoría social*, Barcelona, Altaya, 1997.
- Marx, Carlos, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, Tomos 1 y 2, México, Siglo XXI, 1997.

- Mazzeo, Miguel, *¿Qué (no) hacer? Apuntes para una crítica de los regímenes emancipatorios*, Buenos Aires, Antropofagia, 2005.
- Mészáros, Istvan, *Más allá del capital. Hacia una teoría de la transición*, Caracas, Vadell Hermanos, 1999.
- Miliband, Ralph: "Análisis de clases", en: Giddens, Anthony, Turner, Jonathan y otros, *La teoría social hoy*, México, Alianza, 1991.
- Negri, Toni y Hardt, Michael, *Imperio*, Colombia, Desde Abajo, 2001.
- Negri, Toni y otros, *Contrapoder. Una introducción*, Buenos Aires, Ediciones de mano en mano, 2003.
- Pasolini, Pier Paolo, *Descripciones de descripciones*, Barcelona, Península, 1997.
- Trotsky, León, *Lecciones de octubre ¿Qué fue la Revolución Rusa?*, Buenos Aires, El Yunque, 1975.
- Zelik, Raúl, *Venezuela, más allá de Chávez. Crónicas sobre el "Proceso Bolivariano"*, Barcelona, Virus, 2004.
- Zibechi, Raúl, *Dispersar el poder. Los movimientos como poderes antiestatales*, Buenos Aires, tinta limón, 2006.